

un libro esencial para quienes se interesan en la historia de Colombia, pero que beneficiará también a todos aquellos estudiosos de la historia social de América Latina.

JAMES DUNKERLEY

Ha sido nombrado Director del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres.

(Reseña aparecida en la revista *Tesserae. Journal of Iberian and Latin American Studies*).

Panorama callejero

Sucedió en una calle

Alfredo Iriarte

Espasa Calpe, Santafé de Bogotá, 1996, 223 págs.

Bogotá, Cartagena y Tunja son los escenarios de este panorama callejero entresacado de la historia colombiana y relatado por un columnista del periódico *El Tiempo*. La idea de tomar las calles como espejos de una larga historia de tragedias, de sucesos sociales en general, parece una idea fascinante. Sin embargo, el lenguaje de Alfredo Iriarte —cuya trayectoria periodística y literaria no conozco ni es objeto de la presente reseña— se sitúa entre la historia y la ficción, y eso tal vez no le cae muy bien al objetivo que se propone el escritor.

Imágenes misteriosas se enfrentan con figuras de la vida real. Casi la mitad del libro cuenta historias de las calles bogotanas desde el año 1576 hasta aproximadamente principios del siglo XX.

Son más bien anécdotas que hay que armar como un rompecabezas para que salga una imagen entera del desarrollo de una sociedad. Sin embargo, hay que ser amigo de un estilo muy decorativo, de un estilo con muchos desvíos, de un estilo que se pierde en la artificialidad de la expresión como objetivo principal del relato en sí.

Iriarte parece escribir siguiendo permanentemente una línea de circunvalación, pero no para llegar más rápido

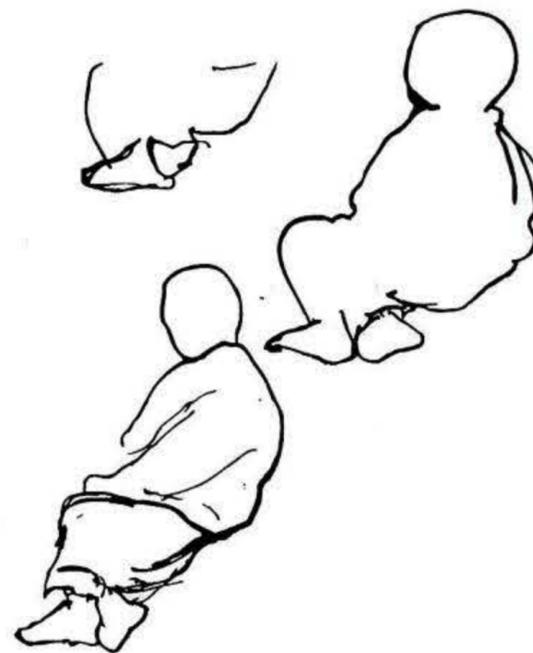
al centro del relato, sino precisamente para demorarse más de lo necesario. Aunque muchos de los relatos parecen más bien breves.

Y así, circunvalando, el autor recorre los siglos, pero la idea principal de tomar las calles como espejo de un desarrollo social y de entresacar arbitrariamente unos acontecimientos para relatarlos como ejemplos de la particularidad de un pueblo se desvanece, mientras el lector se empeña en descubrir lo que el autor quisiera decir con estas historias. Sin embargo, hay momentos muy divertidos en esta recopilación, como, por ejemplo, el diario de un burócrata, quien muy cuidadosamente anotó lo siguiente:

Domingo 3. —Este día no vine a la Secretaría. Lo uno por ser día festivo, y lo otro por no haber cosa urgente que hacer. Además, porque el Artículo Primero de la Instrucción que rige en esta oficina previene: "que los oficiales de ella concurren todos los días a las horas que se prescriben, excepto los domingos; a menos que en ellos no se reciba o despache algún correo". Y ninguno de estos dos motivos concurrían para haber venido a ella.

Como anteriormente se dijo, los textos se sitúan entre la historia y la ficción; es decir, que ni son historia ni ficción, aunque su punto de partida sean muchas veces figuras de la historia real de Colombia; por ejemplo funcionarios del Virreinato de la Nueva Granada. Es por ello que, aunque su base es histórica, el deseo del autor es que se los entienda como ficción. Objetivo que no logra. Tomemos un ejemplo. Iriarte cuenta en un capítulo la historia del "Terremoto por decreto". Los hechos tienen lugar en Bogotá en 1827. El escenario es un elegante baile en honor del Libertador, durante el cual se produce una ofensa de un joven oficial contra el cónsul holandés. Como era costumbre en aquel tiempo, el incidente desembocó en un duelo en el cual el cónsul resultó muerto. Su sepelio en la Capilla del Sagrario causó las iras del sacerdote Margallo por haberse utilizado la Casa de Dios para las exequias de un hereje luterano. El sacerdote advirtió que la venganza

de Dios se manifestaría a través de un terremoto. Unas dos semanas después, Bogotá fue, en efecto, estremecida por el peor terremoto de su historia. Punto final. ¿Y qué más? ¿Qué más nos quiere decir este relato? No tengo ni idea. Eso fue todo. Y por eso es poco lo que el autor logra a través de sus crónicas.



Ni cuando Iriarte pretende volverse cronista social —como bien podría ser el caso en el capítulo que narra la activación de la red de iluminación de Bogotá—, se puede soltar de las ataduras de la historia. Quizá sea por eso, por que la misión y profesión de Alfredo Iriarte es más la historia que la literatura o el periodismo, que el objetivo del libro parece haberse quedado estancado en la mitad del camino.

Sin embargo, de vez en cuando se despeja la nube de la historia y se producen explicaciones que despiertan la curiosidad del lector. Como es el caso del último capítulo que tiene lugar en Bogotá.

Para los bogotanos de hoy —empieza el relato— es virtualmente, inimaginable que esta megalópolis [...] ya entrado este siglo estuviera circunscrita a los mismos límites urbanos de fines del siglo XVI. Difícil de creer, pero verdadero. En 1906, año de este relato, la capital de Colombia llegaba por el sur hasta Las Cruces, por el oriente hasta Egipto, por el occidente hasta San Victorino y por el norte hasta la recoleta de San Diego. Cuando los bogotanos recorrían a las casas de recreo ya tenían que protegerse de

"los aires de Chapinero". *La Carrera séptima fue un sendero apacible con sauces, eucaliptos y muchísimo aire puro. El presidente Rafael Reyes, protagonista de este cuento, tenía su casa campestre en Chapinero, más preciso en la carrera 7a. con calle 67, "es decir, lejísimos de la ciudad"*.

Teniendo en cuenta el tráfico congestionado de hoy día y el crecimiento de la ciudad que se está devorando la Sabana con acero, cemento y plástico, verdaderamente impresionan las referencias a los límites geográficos de aquel tiempo. Pero, aparte de eso, las crónicas logran efectos muy aislados y no siempre convencen.

HELMUT SPREITZER

El suicidio público del artista

"La poesía me ha deparado locura, pobreza y soledad".

R. Gómez Jattin

"I saw the best minds of my generation destroyed by madness, starving hysterical naked".

Allen Ginsberg

Acababa de terminar una investigación de cerca de dos años sobre la obra de Raúl Gómez Jattin, uno de los más interesantes poetas colombianos desde el nadaísmo, cuando recibí la noticia terrible de su muerte. No me tomó por sorpresa la noticia. El caso de Gómez es el de un suicidio público.

Gómez deja a la poesía colombiana y latinoamericana una obra bella e importante, si bien irregular, que interesa como testimonio de la afirmación de su individualidad auténtica; una obra que busca y encuentra la belleza del acto brutal, en el parricidio o el coito zoofílico, en la pelea de gallos y en el atardecer sobre las aguas del río Sinú.

Un lugar común de la "crítica" ha sido la mención, sin mayor análisis, de la locura del poeta, dando por hecho que hay una relación entre ésta y la crea-

ción poética. Se alaba no a la lucidez, que a otros pudiera parecer locura, sino la afición por las drogas, los síntomas de esquizofrenia y la agresividad sin razón aparente. Sólo Darío Jaramillo ha criticado esta visión limitada, superficial y monocromática. Sin embargo, la nota predominante es la asociación de su obra con el desvarío y la droga. El poeta en medio del incienso de sus aduladores contribuía a confirmar este cliché con una actitud marginal que lo erigió en el "poeta maldito" de la clase media intelectual. Se etiquetó y valoró su obra desde la observación biográfica, descuidando los temas raizales, la lengua popular, el rescate del valor poético de "lo vulgar" y, sobre todo, la frescura del lenguaje directo y sin pudor que nos obsequian sus versos.



La etiqueta de "loco" tiene la doble función de mitigar la peligrosidad y la carga subversiva de su poesía en tanto se la explica en términos de desvarío. La verdadera locura puede ser acaso la nuestra y la de una sociedad enferma que evade una revolución leyéndose poemas en voz alta en certámenes y recitales. Toda la crítica hecha hasta el momento ha girado alrededor de la anécdota, la referencia a la vida personal del autor y, ya sea para criticarle o alabarle, este argumento ha sido gastado sin economías y repetidamente. La obra y no el autor es lo que interesa a la crítica moderna; cualquier referencia al poeta sin una razón de ser en el texto es superflua.

Gómez completó un proceso de autodestrucción y aniquilamiento; vivió como mendigo en las calles, o en oscuras pensiones, fue paciente habitual de sanatorios psiquiátricos y huésped temporal de la cárcel. Devino en el individuo bajo control, entre los aplausos de una sociedad que se aliviaba de tener al poeta como el loco oficial de una corte popular. De esta tragedia escribirán por estos días poetas y críticos. Se hará un panegírico de la locura, ol-

vidando que los mejores poemas de Gómez corresponden a momentos de extraordinaria lucidez y que en ellos están los rastros de su lucha contra la enfermedad y la muerte; una lid que a nivel personal el poeta probablemente perdió pero que en la obra sigue dando con denuedo.

Donald Hall, en un artículo sobre Dylan Thomas, abundando en la hipótesis vitalista del arte decía que: "El poeta que sobrevive es el poeta que debemos celebrar. El ser humano que se enfrenta a la oscuridad y la derrota es el más admirable de todos [...] Hay ejemplos como Frost y Eliot, como Yeats y Emily Dickinson y Henry James, que prueban lo que sostengo, pues todos ellos sufrieron pero decidieron sobrevivir [...] En nuestra cultura la autodestrucción de un artista es vista como algo admirable, digno de ser elogiado, una garantía de su sinceridad [...] Pero esta creencia sólo expresa el odio de la cultura que la clase media siente por sí misma. La muerte y la destrucción son enemigos del arte [...] el gas y los somníferos matan a los poetas; el alcohol y las drogas matan a los poetas más lentamente, pero mientras están matando a los poetas, matan a los poemas".

La lucha contra la muerte y la locura, esa trágica lucha —en cuanto se sabe, perdida pero que, como diría Nietzsche en *El origen de la tragedia*, se justifica en sí misma y no en sus resultados—, esa erótica lucha que insiste tercamente en la vida, se reanuda en los versos del poeta. Allí lo encontraremos tirándole piedras al cielo, ahora que ya no está y que no camina perdido, enfermo y solo por las calles de Cartagena.

CARLOS A. JÁUREGUI DIDYME-DOME
University of Pittsburgh

Bibliografía de Luis E. Nieto Arteta

Nota preliminar

Esta bibliografía pretende ser exhaustiva. Se consultaron los papeles personales de Nieto Arteta (1913-1956) y se